

desenvueltas acerca de la educación del carácter. Por hallarse muchos países hispánicos en situaciones semejantes, el estudio que haré en este parágrafo, á modo de ejemplo, puede serles aplicado. Al efecto, dividiré mis anotaciones en cuatro partes: I, rasgos salientes de la psicología del pueblo; II, las leyes y el sistema educativo; III, el sistema educativo y la política; IV, el problema de la probidad nacional; V, conclusiones; y VI, importancia de la *sugestión de ideales*. Y procederé á la manera impresionista de un observador *dilletanti*, porque no se me podría pedir frialdad crítica para exponer fenómenos que tan hondamente afectan á mi patriotismo...

I. Lo heterogéneo de las razas y costumbres de los hombres que pueblan los vastos y ricos territorios de la República Argentina, su incompleto adaptamiento al medio geográfico y la carencia de antiguas tradiciones generales, hacen del *carácter nacional* un caos aparente. ¿Será el que precede al génesis? Con todo, ya presentan al psicólogo algunos rasgos, que no me atrevería á clasificar de fugaces, ni menos de definitivos... Analicemos esos rasgos generales, que tal vez ese análisis sea de algún provecho al pedagogo.

En la juventud de la capital, en Buenos Ayres, especialmente en la juventud de la clase rica, ha notado un viajero yanqui, como rasgo característico, un marcado espíritu anticristiano, anti-

humanitario, de malevolencia y de sarcasmo, empleado sin criterio á favor de cosas pueriles é indignas, y en contra, á veces, de lo que mayor respeto merece. ¡Los rasgos distintivos de esa pseudo-aristocracia serían la incapacidad y la petulancia!...

Los pueblos varoniles son siempre ingenuos. En las épocas de conquista las naciones son sinceras y humanitarias; sólo las torpes masas de los pueblos débiles y de los pueblos que decaen, albergan sentimientos de odio. El odio feroz de los cartagineses para con sus mercenarios, fué el síntoma más alarmante de la impotencia de Cartago. La Roma de Bruto jamás hubiera gritado como la de Tiberio: «¡Vencidos, á los leones!» Los bárbaros, pueblos valientes y ágiles, eran generosos. Atila, el más bárbaro de sus jefes, se detiene á las puertas de Roma ante una súplica del pontífice León. ¿Quién hubiera libertado á Cartago de su sentencia, su *delenda est Cartago*? El budhismo conquista al pueblo de Brahma, no por la violencia, por la mansedumbre. ¿Y Cristo? ¿Dónde está su fuerza, sino en la inmensa y dulcísima ternura, en la divina ternura de su doctrina? La ferocidad del pueblo de la Revolución francesa para con sus amos y capataces, los aristócratas Borbones, ¿no hace presumir su propia debilidad, esa debilidad que aguanta luego sobre el cuello, con una sonrisa de esclavo, la planta

de los Napoleones? Así la pasajera crueldad del pueblo inglés con Carlos I, trae á Cromwell. Pero el pueblo inglés reacciona y se arrepiente, llora al monarca decapitado. El pueblo francés, que no se arrepiente ni reacciona, oye bien pronto tronar los cañones prusianos en su propia capital. Su fiereza para el régimen borbónico es el síntoma de su anemia, anemia que parece degenerar en agonía, después del negocio de las condecoraciones, del negocio del Panamá, y del más triste de todos los «negocios»: el odio antisemita.

Al viajar un distinguido escritor franco-argentino por los Estados Unidos del Norte América, y describir, con los colores demasiado agrios para que puedan parecer imparciales, el *carácter nacional* de los anglo-americanos, se detiene ante una observación: el pueblo es benévolo, el pueblo mammut es un pueblo bueno, el pueblo mammut es un pueblo ingenuo; posee esa bondadosa candidez de los gigantes; no es mordaz como los pigmeos amargados por su propia insignificancia... «¡Ignoran la ironía!», exclama; y añade esta antipática observación: «Ese axioma parece una perogrullada, pues equivale á afirmar que los paquidermos no sienten cosquillas...» ¡Felices los pueblos que ignoran la ironía!

Los argentinos, en vez de apreciar la buena fe, la ingenuidad, como los pueblos germanos, las solemos considerar una condición ridícula, desa-

brida, pueril. La descalificamos con frecuencia, hasta el punto de que se les ha llamado «zonzos» á Belgrano y á Mitre, los dos políticos y militares de mejor fe de nuestra historia. De tal modo que á la «Historia del general Belgrano» escrita por el general Mitre, se la ha definido así: «La historia de un zongo contada por otro zongo.»

No sólo menospreciamos esa insigne cualidad, sino que llegamos hasta aplaudir la opuesta, la torpe guasonería andaluza, ó más bien, una más torpe y más punzante guasonería criollo-andaluza, que nos es propia, y que germina por doquiera en nuestro país, en los tugurios de los arrabales, en las pulperías de campaña, en los colegios, en el foro, en los salones. Es una vegetación brava que ahoga otras florecencias más nobles del espíritu, como la cortesía, el respeto, la disciplina, los sentimientos humanitarios, la nobilísima sinceridad...

La sociedad argentina más «selecta», lleva hasta tal punto esa tendencia denigrante de la dignidad humana, que en su argot «elegante» se pueden contar innumerables términos anticastizos ó usados en acepción anticastiza, que ha inventado para expresar ideas, bien crueles á veces, de maliciosa burla. ¡He ahí un síntoma que desalienta, y que puede llamarse, si no de degeneración, de clorosis moral!

Si siquiera esa guasonería criollo-andaluza sir-

viese para enaltecer y ridiculizar lo que tal mereciere, no sería tan triste síntoma del *carácter nacional*; pero harto frecuentemente se emplea con un criterio el más absurdo, satirizando elementos progresistas y positivos y ensalzando factores negativos para el progreso y la grandeza de la patria. Y esa gruesa burla, que tanto chocaría en cualquier esfera de una sociedad sajona, suele ser fuente de elogios y de risas soeces...

En la esfera social más culta de Buenos-Ayres se suele palpar un espíritu general de malquerencia, semejante al que atribuye el P. Coloma, ese jesuíta que de tantos medios de observación dispone, á la aristocracia madrileña; á esa aristocracia que le inspira por epígrafe del libro de costumbres en que la retrata, — ó caricaturiza con líneas de sangre, — como una exclamación de asco, la de Hamlet respecto á Dinamarca; quien oye surgir ese grito trágico, como un suspiro ahogado, de las entrañas de un confesonario, bien puede temer por el porvenir del león de Castilla...

Un francés se admira del candor del carácter yanqui; hasta se burla finamente; parece desconocer su belleza moral, su significación como síntoma de virilidad. Encuentra pueriles esos niños grandes que construyen casas de treinta pisos, inventan con Edison y escriben con Poe; los encuentra pueriles, aunque no lo diga con fran-

queza, precisamente por su candor, por su buena fe... Un alemán los admiraría, porque los alemanes saben bien que la buena fe es condición del atleta en la lucha por la vida; porque los alemanes saben bien que la malicia es condición del pigmeo. Tan es así, que esto es lo primero que enseñan en sus *Gymnasien* y *Realschulen*, pues en sus libros de lectura ponen frecuentemente al frente, para impresionar á sus educandos, con caracteres los más visibles, una cuarteta de Arndt, que dice así:

*Deutsche Freiheit, Deutscher Gott,
Deutsche Glaube ohne Spott,
Deutsches Herz und Deutscher Stahl
Sind vier Helden allzumal.*

Esta estrofa, traducida libremente, quiere decir que la libertad de los alemanes, el dios de los alemanes, la buena fe exenta de toda burla de los alemanes y el acero de los alemanes, son las columnas que sustentan la grandeza de Alemania á través de la historia. Llamo la atención sobre el segundo verso, la buena fe de los alemanes, que ellos mismos claman tan limpia de toda malicia, y que consideran una de sus primeras condiciones, después de Dios y de la Libertad. De esa misma condición, aunque con menor fuerza, está impregnado el *carácter nacional* de los otros dos grandes pueblos sajones, de ingleses y norteamericanos. Parece esto una paradoja, conocida la

política de Bismarck, de Mac-Kinley, de todos los cancilleres ingleses; pero nótese bien, que aun en tretas, esas cancillerías participan de esa ruda ingenuidad del más fuerte para el *struggle for life*, que tanto choca...

Parece que la bondad y la sinceridad en lo nacional, son, en lo internacional, condiciones del progreso y de la victoria. Los pueblos-mujeres de Michelet, son pueblos perversos. — ¡Nada más triste, pues, que esos rasgos del *carácter nacional* argentino, si fueran estables!...

«El objeto de cada uno es aquí, en Buenos-Ayres, enriquecerse y gozar, dice un sagaz observador norte-americano, en apreciaciones exageradas, pero en algo verdaderas, á pesar de esa exageración palmaria (1). No hay gloria en ser funcionario de la República; hay tan sólo provecho. No hay honor en ser su ciudadano; pero el ciudadano que no hace fortuna es mirado con desdén. Es inútil esperar de la nación argentina reformas á las que se oponen sus tradiciones de malversación y de falta de honradez... Los jóvenes son lo más impertinentes, lo más descarados, lo más viciosos, lo más mal hablados, lo más indisciplinados que sea dable imaginar. Los diarios continuamente protestan contra esos procedi-

(1) Child, *Repúblicas hispano-americanas*; ed. Hasper Nueva-York, 1896.

mientos vergonzosos, pero en balde; es preciso creer que el desaseo del lenguaje masculino es una de las instituciones de la capital, uno de los productos de la vida de confitería y de acera... Una dama honrada no estaría en su lugar en medio de gente semejante; parece que, gracias á sus conversaciones disolutas y á su desprecio absoluto de las conveniencias, los jóvenes de Buenos-Ayres, cualquiera que sea su rango social, hacen peligrosos todos los lugares públicos para sus propias madres y sus mismas hermanas...

»La cuestión de la instrucción pública, agrega, parece ser objeto de la atención del gobierno; está tratada como conviene, y se puede asegurar que con el tiempo dará excelentes frutos. Por el momento, los jóvenes argentinos son, hasta donde he podido darme cuenta, tan ignorantes y poco esclarecidos como mal educados; no es que carezcan de inteligencia (poseen, en realidad, un espíritu precoz), pero les falta una dirección severa y lógica. Parece innegable que las escuelas y colegios tienen hartó relajado el capítulo de la disciplina, y que no se emplean buenos métodos pedagógicos. En esos establecimientos se permite á niños que cuentan diez ó doce años, fumar y darse prematuramente al vicio y á la inmoralidad; ¿puede creerse que tales licencias sean compatibles con una buena educación intelectual? Es triste decirlo, pero no existe en ningún país del

mundo civilizado seres tan corrompidos, tan mal educados, tan groseros y también tan incorregibles, como la generalidad de los jóvenes argentinos. Las niñas mismas tienen un aire atrevido y una libertad de lenguaje, que asombran á quien esté acostumbrado á las maneras femeninas que reclama el buen tono...»

Considerando estos fenómenos bajo su faz política, dice por su parte Groussac: «¡Oh! ¡El espectáculo político de esa América española que acabo de atravesar y ya conozco casi en su conjunto, es sombrío y desalentador. Por todas partes el desgobierno, la estéril ó sangrienta agitación, la desenfrenada anarquía con intermitencias de despotismo, la parodia del «sufragio popular», la mentira de las frases sonoras y huecas como campanas, los «sagrados derechos de las mayorías», compuestas de rebaños humanos, que visten poncho ó zarape y tienen una tinaja de chicha ó pulpa por urna electoral, el eterno sarcasmo y el escamoteo de la efímera Constitución. Dondequiera, sobre el hacinamiento de los oprimidos, el grupo de opresores, los lobos pastores de las ovejas, el lúgubre desfile de los gobernantes de sangre y rapiña (1).»

Todo el conjunto de esos rasgos, que he esbo-

(1) P. Groussac: *Del Plata al Niágara*, pág. 201; Buenos-Ayres, 1897.

zado y transcrito á la manera de impresionista que se ha gravado en mi ánimo, pueden sintetizarse en las cualidades siguientes: falta de altos ideales, de moral y de responsabilidad, pereza para ocuparse concienzudamente de las cosas serias de la vida, innobles sentimientos de baja emulación, criterio superficial, falta de respeto y de delicadeza, mala fe individual y social, olvido de los intereses nacionales, que quedan así superpuestos á las pequeñas pasiones egoístas, venalidad en el juicio, ausencia de amor cívico... Pero si el cáncer *no* es incurable, ¿dónde hallar los remedios sino en la inmigración por una parte y en la educación por otra?...

II. Está escrito en las leyes argentinas que «los padres no tienen obligación de establecer á los hijos ni de dotar á las hijas» (art. 270 del Código Civil). Pero ello no basta, porque la imposición de una *legítima forzosa* á favor de los hijos no puede ser disminuída sino en *una quinta parte* (art. 3.595). Es decir, los padres no pueden repartir su fortuna entre sus hijos, ni en vida ni para después de su muerte, á su libre criterio. El reparto debe hacerse por partes iguales, salvo en una quinta parte del peculio, con el cual pueden favorecer á su gusto á unos en detrimento de la hijuela de otros. Los repartos que el padre haga en vida contra lo dispuesto por la ley, ocasionan, después de su muerte, graves é inmora-

les pleitos. El desheredamiento sólo puede provenir de motivos muy graves, y debe ser probado (artículos 3.474 y siguientes); no es, pues, sino una disposición inaplicable en los casos normales, y que en modo alguno puede servir de estímulo á la iniciativa personal del hijo. Tan es así, que no le conozco un solo caso de aplicación, y es de suponer que, si se presenta alguna vez, sea en una proporción menor que de uno á cien mil casos. Los extranjeros que hacen fortuna en el país y quieren burlar sus leyes sobre la herencia, generalmente con el móvil de establecer una especie de mayorazgo en el propio, acuden á este practiquísimo subterfugio: constituyen su fortuna radicada en la Argentina en sociedad anónima, inscrita en el extranjero y reconocida en la República, y reparten, ya en vida ó para después de su muerte, sus acciones como les place.

Pienso que el clima meridional del país y la verbosidad y genialidades de la raza pueden hacer aún, en ciertos casos, peligrosa para la equidad esa función de la *magistratura testamentaria* en padres que no posean esa tranquilidad de nervios, esa frialdad típica del sano criterio de un jefe de familia anglo sajón. Causas semejantes han hecho impracticable el juicio criminal por jurados populares en Italia y otros países meridionales, sujetos á lo inmotivado de rápidos raptos pasionales de simpatía ú odio, y á sus reacciones. También

por análogas razones no sería posible en estos países que el matrimonio fuere considerado hecho válido por el simple consentimiento de las partes, como en Escocia; pues en cualquiera de esos raptos inevitables se producirían á diario casos como los más famosos de Gretna-Green, que darían por tierra con la moral social. No obstante observaciones tan reales, creo que el ejercicio de la *magistratura testamentaria* (la «libertad de testar») no produciría en la Argentina tan anómalas consecuencias sociales, por ser derecho que se acordaría sólo á personas que, por ser jefes de familia, aun en países meridionales y bajo un sol del trópico, poseen mayor dominio, por edad y experiencia, sobre sus nervios é impresiones. La solución más lógica sería disminuir esas *legítimas forzosas* á un minimum que dificulte en el hijo heredero la indigencia en los casos improbables de desheredamiento injusto, y tenga, sin embargo, todas las ventajas de no impedir una, siquiera relativa, libertad de testar, ó sea un uso ponderado de la *magistratura testamentaria*. Ese minimum podría ser, por ejemplo, en vez de un quinto, *un tercio*. Y es de observarse, además, que la tal *legítima forzosa* de los hijos no puede considerarse en dicho país, una reacción democrática contra los mayorazgos, pues á diferencia de los virreynatos de México y Perú, en el Río de la Plata puede decirse que nunca exis-

tieron; y si antes de la revolución no existieron, menos podrían existir después. Y debe anotarse asimismo que las divisiones y subdivisiones forzosas de la tierra, traen graves perjuicios económicos, políticos y sociales que deben preocupar la mente de los estadistas argentinos, como uno de los más trascendentes problemas nacionales (1).

III. «Los padres no están obligados á establecer á los hijos ni á dotar á las hijas...» Hermosa disposición legal es esa, que, á veces, en la República Argentina, contrarían los hechos... A pe-

(1) Ocurríame otro inconveniente más en el uso de esa libertad de testar, en el ejercicio de la *magistratura testamentaria*, en la República Argentina. Tarde ha clasificado este país, conjuntamente con Italia y España, al tratar de la pena de muerte, de la cual eximen á las mujeres, de *pueblos galantes*. Taine observa también la diversidad entre la manera latina y la anglo-sajona de considerar á la mujer, que es para los ingleses un apreciable colega y compañero y para los latinos un objeto, ya de culto é idolatría, ya de menosprecio, — nunca un sujeto de amable y simple compañerismo, nunca un igual en derechos y obligaciones. — En efecto, sentado este rasgo del *carácter nacional argentino*, la libertad absoluta de testar, la supresión de la *legítima forzosa*, ¿no sería en la Argentina, en la práctica y ante todo, un medio de favorecer á las hijas en detrimento de los varones, y tal vez de los intereses agrícolas, sociales y políticos de la nación? Una incompleta estadística que he sacado de algunos juicios testamentarios en que hay hijas favorecidas, me hace temerle, y más si se tienen en cuenta las exactas observaciones concordantes de Taine y Tarde, que hoy, de tanto repetidas por críticos y sociólogos, diríanse lugares comunes.

sar de los rasgos fundamentales que de la educación anglo-sajona he esbozado, los padres ingleses y norte-americanos establecen en ocasiones á los hijos y dotan á las hijas. Pero proceden siempre con su profundo criterio «individualista», de independencia. Dotan al hijo y á la hija, ya con una profesión, ya con una suma siempre módica, en relación á su haber; mas para que éstos, con esa base, se emancipen mejor, con mayores elementos para luchar *solos* por la vida. Tal es el criterio anglo-sajón. Y del criterio individual de cada uno, para llegar á hacerse un *self made man*, — ¡y hasta una *self made woman!* — resulta ese esfuerzo total, gigantesco, de expansión y de progreso en Inglaterra, Norte-América y Alemania. De esas naciones que pasan con

*A banner, with the strange device:
Excelsior!*

Bien diverso es, en general, el sistema de educación privada de los pueblos hispano-americanos. Los hijos usan como muletas los brazos de los padres para adelantar, los ojos de los padres para ver, y cuando esos padres les faltan, suelen resultar cojos y miopes... La dependencia se eslabona desde la familia hasta la política, y es como una gran cadena que aherroja al país! Esos hijos, de tal modo educados, sin iniciativa individual, subsistirán luego de un empleo, si carecen de